

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 1.º Abril de 1893

Núm. 44

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EL CENÁCULO, EN JERUSALÉN

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—El Miserere, por GUSTAVO A. BECQUER.—*Los siglos ante Jesucristo (poesía)*, por TOMÁS AGUILÓ.—**BELLAS ARTES.**—Música sacra: *Stabat de Rossini* (conclusión), por PABLO PI-FERRER.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos.—Advertencias.

Grabados.—El Cenáculo, en Jerusalén.—Capilla de Santa Elena en la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén.—El descendimiento de la Cruz, cuadro de PABLO DELAROCHE.—Portada del edículo del Santo Sepulcro.



Crónica

Se trata de celebrar una Exposición general en Madrid, y al objeto se ha constituido una junta en la cual figuran personas dignísimas de todos los partidos políticos y representantes del comercio y de la industria. Ha tiempo que se acaricia en la corte la idea de un concurso con cierto carácter universal, que corresponda á la importancia que tiene hoy España, á pesar de los pesares. La Exposición Universal de Barcelona de 1888 le servirá mucho á Madrid para la organización del indicado concurso, puesto que de ella podrá sacar enseñanzas provechosas para la división de sus diversas secciones, admisión de productos, constitución de jurados, premios, y demás partes que forman el complicado mecanismo de una Exposición de la expresada clase. La posición de Madrid es excelente para que tenga éxito, á poco que se faciliten los medios de comunicación con las provincias, ya que la corte de las Españas ocupa próximamente el centro de la Península. Deseamos que el pensamiento pueda llevarse á cabo, y en tal caso es seguro que el arte y la industria de Cataluña tendrán en él una representación importante.

* *

Nos hemos dolido varias veces del desarrollo que toma el juego entre todas las clases sociales. Nada escapa ya de su desastrosa influencia. Aldehuelas que hace pocos años eran modelo de morigeración, tienen hoy también tugurios en donde los labradores, amos, mozos y braceros, acuden afanosos perdiendo allí el dinero de sus rentas ó de sus salarios y llevando luego la in tranquilidad á sus familias. De este vicio se originan además pendencias, heridas y muertes, siendo entonces mayores aún los males que causa en el hogar doméstico. En las ciudades populosas va tomando espantable incremento. Madrid figura entre ellas, y al juego deben allí el lujo que ostentan en sus salones y dependencias algunos casinos frecuentados por lo más granado de la sociedad madrileña. Causa horror pensar las cantidades que se cruzan en las mesas de juego de los aludidos casinos. Bien claramente lo dice el resultado de una batida verificada recientemente por la policía madrileña y que dió por resultado sorprender juegos prohibidos en algunos centros ó círculos de re-

creo. De siete mil duros se incautaron los agentes en uno de ellos y de dos mil en otro, y estas cantidades indican cuán crecidas habían de ser las que se atravesarían en el monte, en la ruleta, en el *baccarat*, juegos predilectos de los que están ansiosos de emociones y quieren buscar la fortuna por un medio que resulta ser en definitiva causa de ruina y de desesperación.

* * *

Con el propósito de realizar economías, el ministro de la Guerra general López Domínguez resolvió introducir cambios en las capitánías generales suprimiendo algunas de ellas, entre las cuales se cuentan las de Burgos, Sevilla y Granada. Apenas lo supieron estas poblaciones pusieron el grito en el cielo, y acudieron al ministerio en súplica de que se les conservaran las capitánías. Burgos en particular tomó el asunto muy á pechos é hizo varias manifestaciones para mostrar el desagrado que le había producido el proyecto del general López Domínguez. La Cámara de Comercio publicó una enérgica alocución protestando contra la medida; las tiendas todas cerraron las puertas; el alcalde anunció su dimisión, y se indicó además que se adoptarían otros acuerdos más fuertes todavía si el Gobierno desatendía las súplicas de los burgaleses. También Sevilla dió señales de evidente disgusto por la supresión de su capitánía general, pero acudió al terreno diplomático buscando el modo de entenderse el Ayuntamiento con el Gobierno para sufragar los gastos y no hacer de este modo alteración en el *statu quo*. En cambio el disgusto de Burgos, Sevilla y Granada se trueca en regocijo en las ciudades de León y Córdoba, en las cuales piensa establecer capitánías generales el señor López Domínguez. Estas poblaciones se ven favorecidas y de ahí que en ellas todo sea zambra y jolgorio. Este caso es una nueva manifestación de cuán difícil le será al Gobierno introducir economías por medio de la supresión de institutos oficiales, á lo cual harán siempre viva oposición las poblaciones en que se encuentren.

* * *

El asunto del Panamá ha hecho vacilar de nuevo en sus poltronas á los ministros franceses. Las declaraciones de M.^{me} Cottu, rotundas y enérgicas, alcanzaron hasta al mismísimo M. Bourgeois, ministro de Justicia, ó por lo menos así lo entendió la mayoría de la prensa parisense, al día siguiente de aquellas manifestaciones, que produjeron vivísima emoción. Creyóse que iba á caer todo el ministerio y la Cámara de los diputados presentó aspecto imponente el día en que se desencadenó la tormenta. Una orden del día favorable al ministerio la conjuró, limitándose entonces á dejar su cartera M. Bourgeois. Éste hizo, sin embargo, lo que algunos personajes de teatro, «hace como que se va y vuelve,» puesto que á los pocos días volvió á entrar en el ministerio, para lo cual sus colegas de gabinete habían cuidado de que no se proveyera la vacante. M. Bourgeois ha negado las aseveraciones de M.^{me} Cottu. Sabe Dios aún qué podrá salir de la cuestión del Panamá, porque á pesar de los meses transcurridos desde que empezó á debatirse continúa originando á cada semana, si no á cada día, nuevas sorpresas. El malhadado itsmo es una caja de Pandora del siglo xix. En su interior encierra toda clase de desventuras, y el vaho mafítico que de ella se desprende semeja que tiene el poder de empañar todas las horas y todas las reputaciones. Casi con estos sucesos ha coincidido el fallecimiento de M. Julio Ferry, que hace poco

había sido elegido presidente del Senado, y cuya historia política es sobrado conocida.

* * *

Una fortuita desgracia evitó acaso á Barcelona un día de luto. Un operario italiano, ocupado en fabricar sillas, hacía también á escondidas bombas, al modo de las llamadas de Orsini, que cargaba con explosivos. Esta operación la ejecutaba, en una casa de San Martín de Provensals, en el instante en que hizo explosión una bomba, dejándole muerto en el acto y espantablemente mutilado. Encontráronse en la casa donde vivía otras bombas y materias explosivas. Presúmese que las preparaba para fines anarquistas, tal vez para alguna cobarde venganza ó acaso para las inmediaciones del día 1.^o de Mayo. El señor gobernador, la policía y el juzgado han trabajado con afán para descubrir todo cuanto pudiese darles luz en el asunto, y principalmente para averiguar con qué cómplices contaba el italiano muerto por las mismas armas terribles que él preparaba para otros.

* * *

El erudito maestro don Felipe Pedrell ha puesto de relieve, en una serie de interesantísimas conferencias que ha dado en el Ateneo Barcelonés, la figura del compositor español Tomás Luis de Victoria, apenas conocido en nuestra patria. Hace años que en Bélgica se ejecutan conciertos históricos, cuyos programas se hallan formados con música de épocas pasadas de diversos países. En estos programas leíase con frecuencia el nombre de Victoria. En el año pasado, en una de las iglesias de París, se cantaron motetes de este maestro, y los críticos parisienses se deshicieron en elogios de las composiciones que se ejecutaron, poniendo alguno de ellos á Victoria en más alto lugar que al mismo Palestrina. El señor Pedrell ha sido quien ha procurado aquí á los aficionados barceloneses el placer de saborear algunas de las obras de Tomás Luis de Victoria, que fueron muy bien interpretadas por una robusta masa de voces, puesto que todas están escritas á voces solas. Los motetes dejaron maravillados á los oyentes por su sentimiento, riqueza melódica y ciencia de composición, y las melopeas para la Pasión, con las respuestas del coro, produjeron vivísimo entusiasmo por la grandiosa severidad de las primeras y el colorido de las segundas. En el canto de la Pasión, Jesucristo está representado por el bajo, y el cronista ó evangelista por el tenor, al contrario de lo que suele practicarse en nuestras iglesias. Tomás Luis de Victoria nació en la ciudad de Ávila en 1540; joven aún, y perteneciendo al estado eclesiástico, fué á Roma, donde estuvo largo tiempo en el Colegio Germánico de aquella ciudad, hasta que el rey Felipe II le envió á buscar para que formase parte de la capilla de su palacio. Victoria ha publicado gran número de misas, salmos, cánticos, etc., de que se han hecho reediciones. En su tiempo fué ya celebradísimo, particularmente por los escritores italianos. Ignórase el lugar de su muerte y aun la fecha con certeza, si bien existe fundamento para creer que dió su espíritu al Señor en 1613. El nombre de Tomás Luis de Victoria ha de unirse, pues, al de los ilustres artistas, poetas y escritores que han hecho famoso en el universo mundo el siglo de oro de las letras y de las artes españolas. Si se restableciesen en nuestras iglesias las obras de Palestrina y de Victoria se lograría de fijo, en breve tiempo, la restauración de la verdadera música cristiana.

B.

El Miserere



ACE algunos meses que, visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música; pero tengo tanta afición, que aun sin entenderla, suelo coger á veces la partitura de una ópera, y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más ó menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto, sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué, que aunque en la última página había esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué sin duda lo que me llamó la atención primamente; pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aún el observar que en vez de esas palabras italianas qu'e ponen en todos, como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piú vivo*, *a piacere*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos*: ó esta otra: *La cuerda aulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecer; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la humanidad que solloza y gime*; ó la más original de todas, sin duda, recomendaba al pie del último versículo: *Las notas son huesos cubiertos de carne; lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... fuerza... fuerza y dulzura*.

—¿Sabéis qué es esto? pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecían frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy á referiros.

I

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero, y pidió un poco de lumbre para secar sus ropa, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre, y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar, puso el hermano á quien se hizo esta demanda á disposición del caminante, al cual, después que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado; he nacido muy lejos de aquí, y en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción, y encendí con él pasiones que me arrastraron á un crimen. En mi vejez quiero convertir

al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse, é instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido; mas al intentar pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento, cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo. Abri aquél libro, y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza *Miserere mei, Domine!* Desde el instante en que hube leido sus estrofas mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime que bastase á contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aún no la he encontrado; pero si logro expresar lo que siento en mi corazón, lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal y tan maravilloso, que no hayan oido otro semejante los nacidos; tal y tan desgarrador, que al escuchar el primer acorde los arcángeles, dirán conmigo, cubiertos los ojos de lágrimas, y dirigiéndose al Señor: *misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narración, calló por un instante; y después, exhalando un suspiro, tornó á coger el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía, y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo alrededor del hogar, le escuchaban en un profundo silencio.

—Después, continuó, de recorrer toda Alemania, toda Italia y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aún no he oido un *Miserere* en que pueda inspirarme, ni uno, ni uno, y he oido tantos, que puedo decir que los he oido todos.

—¿Todos? dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes: ¿á que no habéis oido aún el *Miserere* de la montaña?

—¡El *Miserere* de la montaña! exclamó el músico con aire de extrañeza: ¿qué *Miserere* es ese?

—¿No dije? murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonación misteriosa: ese *Miserere*, que sólo oyen por casualidad los que como yo andan día y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales, es toda una historia; una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años, ¡qué digo muchos años! muchos siglos, un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus expensas un señor con los bienes que había de legar á su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fué bueno; pero es el caso que este hijo, que por lo que se verá más adelante, debió ser la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdición que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche del Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban á comenzar ó habían comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, saquearon la iglesia, y á

éste quiero, á aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad se marcharon los bandidos y su instigador con ellos, adonde no se sabe, á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros; de la iglesia aún quedan en pie las ruinas sobre el cóncavo peñón, de donde nace la cascada, que después de estrellarse de peña en peña, forma el riachuelo que viene á bañar los muros de esta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardaos, continuó con gran sorna el rabadán, que todo irá por partes.

Dicho lo cual, siguió así su historia:

—Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen: de padres á hijos y de hijos á nietos se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces á través de las rotas ventanas de la iglesia; se oyen como una especie de música extraña y unos cantos lugubres y aterradores que se perciben á intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio á impetrar su misericordia, cantando el *Miserere*.

Los circunstantes se miraron unos á otros con muestras de incredulidad; sólo el romero, que parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿Á qué distancia se encuentra el monasterio?

—Á una legua y media escasa... pero, ¿qué hacéis? ¿A dónde vais con una noche como esta?

—¡Estáis dejado de la mano de Dios! exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordón, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿A dónde voy? Á oír esa maravillosa música, á oír el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere de los que vuelven al mundo* después de muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacia crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte, que desde ella se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

—¡Está loco!

—¡Está loco! repitieron los pastores, y atizaron de nuevo la lumbre, y se agruparon alrededor del hogar.

II

Después de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadán de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras e imponentes las ruinas del monasterio.



CAPILLA DE SANTA ELENA EN LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO
EN JERUSALÉN

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos jirones se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venía á herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario, al que había arrostrado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua, que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado, como el de la péndola de un reloj; los gritos del buho, que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pie aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles que, despiertos de su letargo por la tempestad, sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído del romero, que sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigo.

Transcurrió tiempo y tiempo, y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada... dos... tres... hasta once.

En el derruido templo no había campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aún no había espirado, debilitándose de eco en eco la última campanada; todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doceles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente sin que se viese una antorcha, un cirio ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad con una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galbánico que imprime á la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento instantáneo, más horrible aún que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron á las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes espardidos sin orden, se levantó intacta como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artífice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos chapiteles y las destrozadas é inmensas series de arcos, que cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Una vez reedificado el templo, comenzó á oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido

del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco haciéndose de cada vez más perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo; pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y alentado por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al borde del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los jirones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas, y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del salmo de David:

—*Miserere mei, Domine; secundum magnam misericordiam tuam!*

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él, fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces; aquella música era el rumor distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse, algo más que parecía como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contrición del rey salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino á sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emoción fuertísima; sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de sus huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere*:

In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo que parecía un grito de dolor, arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infiernito, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad, concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo de sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que, merced á una

transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes; una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y á través de ella se vió el cielo como un océano de lumbre abierto á la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo que subía entonces al trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

Auditu meo dabis gaudium et lætitiam, et exultabunt ossa humiliata.

En este punto la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienes latieron con violencia, zumbaron sus oídos, y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III

Al día siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego había dado cuenta de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oisteis al cabo el *Miserere*? le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando á hurtadillas una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy á escribir. Dadme un asilo en vuestra casa, prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese á su demanda; el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento, y exclamaba:—¡Eso es; así, así, no hay duda... así!—Y proseguía escribiendo notas con una rapidez febril, que dió en más de una ocasión que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos y los siguientes, y hasta la mitad del salmo; pero al llegar al último que había oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores; todo inútil. Su música no se parecía á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito y la fiebre se apoderó de su cabeza, y se volvió loco, y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que como una cosa extraña, guardaron los frailes á su muerte, y aún se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Cuando el viejecito concluyó de contarme esta historia no pude menos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que aún estaba abierto sobre una de las mesas.

In peccatis concepit me mater mea.

Estas eran las palabras de la página que tenía ante mi vista, y que parecía mofarse de mí con sus notas, sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer hubiera dado un mundo.

¿Quién sabe si no serán una locura?

GUSTAVO A. BECQUER.

LOS SIGLOS ANTE JESUCRISTO

VISIÓN

MISTERIOSO clamor el sueño mio
vino á turbar: medrosos del espanto,
mis ojos tras el párpado sombrío
se ocultaron inmóviles y sin llanto.
Resonaba entretanto,
solemne cual la voz del moribundo,
aquel clamor que el pecho estremecía;
porque era el estertor de la agonía,
ó el canto funeral del muerto mundo.

Mis ojos, á pesar de las tinieblas,
un monte divisaron, cuya cima
envolvía un capuz de gruesas nieblas,
teniendo un mar sin olas por tarima.
Tristeza daba y grima
ver aquel monte erial; sus peñas huecas
con pisada de bruto no gemían,
y sólo escasos árboles cubrían
de amarillo festón sus ramas secas.

Y vi cuarenta siglos, cual soldados
de pánico terror sobrecogidos,
de aquel monte bajar precipitados,
y huir y resbalar despavoridos.
Y viles luego hundidos
en las aguas del mar que se cerraron,
cual losa de sepulcro, y ni siquiera

por signo de inscripción perecedera
un efímero círculo trazaron.

—Y quién les acosaba? Ni una rueda
que soltara en su cumbre diestra mano,
por el declive aquel de enjuta greda
con más velocidad bajara al llano.
¿Quién miedo tan insano
pudo así derramar? Sólo el vagido
que en su inocente cuna un niño exhala,
rumor tan apacible que aun no iguala
de tiernos corderillos al balido.

Y yo este Niño vi, le vi ya adulto
clavado en una cruz por fiero encono:
bramaba en torno de él maligno insulto,
y él muriendo gemía su abandono.
Mas luego vi que un trono
era la cruz plantada en aquel monte;
resonaron cien gritos de victoria,
y vi que iluminaba un sol de gloria
de confín á confín el horizonte.

Era este nuevo sol la faz del Cristo,
y eje del mundo fué la cruz aquella:
desque en la tierra el Hombre-Dios fué visto
el imperio giraba en torno de ella.

De sus pies vi la huella
estampada en el polvo más menudo,
y súbitos los vientos rebramaron,
y contra ella soplaron y soplaron,
mas borrarla su esfuerzo nunca pudo.

Del hoyo de la cruz cuatro raudales
saltaron á la vez, y sus corrientes
cayendo por los puntos cardinales
cascadas parecían resplandecientes.
Del monte las vertientes
cubrió luego un tapete de verdura,
y vi salir de lóbrega caverna
feroces bestias que en la hierba tierna
ensayaban su horrible mordedura.

De los futuros siglos estandarte
alzábese la cruz; mas al momento
se rebelaron ellos, y con arte
y con furor minaban su cimiento.
Frustró su loco intento
el Cristo que la tuvo por su lecho,
y de gloria radiante y Juez supremo
llamó al rebelde ejército blasfemo,
que de rubor velaba su despecho.

Yo vi pasar tres siglos, tres hermanos



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

CUADRO DE PABLO DELAROCHE

en rostro semejaban y en figura,
de irritado verdugo eran sus manos,
y de hambruento león su catadura.
Romana vestidura
y diadema de Césares ceñian:
cuerpos sin corazón; sus pechos huecos
ni al crujido del potro, ni á los ecos
de moribunda víctima latían.

Con sus palmas de hierro quebrantaban
á los hijos de Dios, que riendo ledos
la sangre de sus miembros destilaban
por entre la abertura de sus dedos:
y ni estuvieron quedos
hasta que un lago hirvió de humor sanguíneo,
y embriagados de gozo furibundo,
creyeron zambullir en lo profundo
el sol que á deslumbrar sus ojos vino.

Mas sólo en aquel lago se ahogaron
los dioses que abortó su fantasía;
los ídolos de bronce que adoraron
la antorcha de la fe los derretía.
El olimpo crujía;
befaba Roma al Júpiter proscripto
y Grecia sus mil fábulas diversas:
apagarse su sol vian los persas,
y á su buey pereciendo los de Egipto.

Y en los templos de námenes henchidos
donde el silencio no turbaba un voto,
sonó el eco de lúgubres gemidos
al emigrar los dioses de su coto.
Y vino un terremoto
que del globo en la faz no se sentía,
los templos derrocó, de sus escombros
nuevos templos se alzaron, y en sus hombros
la baldonada cruz resplandecía.

Vencidos en tan larga y cruenta guerra
los gigantes, sostén del paganismo,
el himno de la paz cantó la tierra,
y un grito de furor lanzó el abismo.
Yo vi en el monte mismo
parecer nuevo monstruo, la herejía,
caos de sombra y luz; en sus pezuñas
procuraba ocultar las fieras uñas
que corvas hacia dentro recogía.

Falaz doblaba sólo una rodilla
ante el Cristo á quien mira de reojo,
y en el trigo esparciendo vil semilla
cubrióse el vasto campo de gorgojo.
Tenía abierto un ojo,
el otro sin pupila; y las astucias
uniendo á la porfía, al claro acento
de la verdad un oido daba atento,
y del error el otro á las argucias.

De pie delante el Cristo cara á cara
osó mirarle con desdén impío,
y sin temer que un día le juzgara,
dijo en su orgullo: « Todo el mundo es mío. »
Y luego de ancho río
el dique levantó la ruda mano
de un siglo que seguía, y un torrente
bajó del septentrión, y su creciente
inundó las campañas del romano.

Era un torrente de salvajes hordas
que arrastraba en sus olas sus penates,
y agitaba del sur las auras sordas
con los cantos de Odín y de Teutates.
Cesó de los combates
el fragor y la sangre: las semillas
del sembrador adverso crecieron;
mas los pueblos su tósigo escupieron,
y ante la cruz doblaron dos rodillas.

Montado en corpulento dromedario

y lleno de la arena del desierto,
vío un gigante acercarse temerario
del fulgor de la luna allí cubierto.
Llevaba un libro abierto,
formado con las hojas que arrancara
á los libros de Dios y á los del hombre,
y de profeta dábase el renombre
por los sueños que en él intercalara.

Armado con su acero y su rapsodia
los pueblos arrastraba en su camino,
que bañara de aromas su parodia,
y de sangre su alfanje damasquino.
Y brazo á brazo vino
con el Cristo á luchar, y lucha impía
y horrenda fué. De aliento desprovisto
á las plantas al fin cayó el Cristo;
pero muerto no estaba todavía.

Otro siglo después aparecía
que del Cristo rasgó la vestidura:
la parte que en sus manos retenía
fué perdiendo su nítida blancura.
La cruz, que ilesa y pura
sus brazos extendía en la montaña
desde la roja aurora al occidente,
amortiguó su brillo en el oriente
como terzo cristal que un soplo empañá.

Ante el Cristo, esplendor del Padre sumo,
se alzó negro cual noche sin estrellas,
un siglo que era ciego, y denso humo
en torno aglomeraba de sus huellas.
Ni pálidas centellas
la triste lobreguez que al orbe enluta
pudieron penetrar; al pie del ara
echada vio entre sombras una tiara
por escabel de hermosa prostituta.

Y vi en profundo cieno sepultado
este siglo fatal, y de improviso
de todas armas un coloso armado
al fulgor del crepúsculo diviso.
Era el fulgor remiso;
mas vi que las naciones soñolientes
del Cristo á una voz se esperezaban,
la cruz en sus broqueles adoraban,
y en el puño de espadas ya sangrientas.

Otro siglo ante el Juez fué pareciendo
que cien manos á un tiempo removía,
cada mano cien plumas dirigiendo,
cada pluma cien libros escribía.
Y con risada impía:
« Tú vencido serás en esta guerra, »
dijo á su Juzgador; mas él severo:
« Tú llevarás mi luz al mundo entero. »
Palenque de su lid es hoy la tierra.

La banda occidental del ancho monte
que en mi ensueño fantástico yo vía,
cubierta era de niebla, y su horizonte
confuso entre sus pliegues se perdía;
y vi que la rompía
un siglo emprendedor; un mar extenso
y tierra más allá vio con espanto,
y adorar otro mundo el leño santo
que brillaba al través del mar inmenso.

Mas enfrente brotaban las malezas,
y mermaban del monte los raudales:
feroz hidra agitaba cien cabezas,
y ponzoña vertía en sus cristales.
Los rayos celestiales,
de la alta cruz atmósfera y diadema,
su brillo inmenso pálido volvían,
y uno á uno de allí se desprendían
como arrugadas hojas que el sol quema.

Fiero al par de bridón que se encabrita

y resiste al jinete y rompe el freno,
este siglo altanero solicita
la luz examinar del sol sereno.
Y en un lago de cieno
que quiebra en ondas mil su linfa impura
fuése á mirarle en cada roto espejo,
sin ver que aquella luz era un reflejo,
y que sólo arde el sol allá en la altura.

Otro gigante vi, mas ¡ay! ninguno
tan feroz, tan horrendo había visto;
su frente alzaba sin pudor alguno,
de armas y fuerzas y rencor provisto.
Y dijo: « ¡guerra al Cristo,
aplastad al infame! » El hondo abismo
de espanto tembló y el alto cielo,
y el monstruo prosiguió con loco anhelo:
« ¡Guerra á Dios! » y adorábase á sí mismo.

Con un compás el suelo iba midiendo,
y observando las plantas y los mares,
las auras y las piedras requiriendo,
y abriendo de la tierra los ijares:
del templo los pilares
creyó que desplomar podía entonces,
y abarcólos furioso con sus brazos,
y dijo: « Veré al Cristo hecho pedazos,
de su obra al desquiciar los rudos gones. »

Y dió un embión su pecho, y dió bramidos
de cólera su labio. Mas ¡oh, písmo!
resisten los pilares conmovidos
de la rabiosa fiera al entusiasmo.
Entonces el sarcasmo
que contra el Hombre-Dios lanzar le plugo
que cayera temió sobre si misma,
y apeló de las flechas del sofisma
á la segur sangrienta del verdugo.

Y de sangre un torrente vi espumoso
por la colina abajo rebramando,
para cebar incendio pavoroso
que estaba cien altares abrasando.
Estaba allí luchando
aquella hoguera atroz en torvo duelo
con la divina luz que el monte llena;
mas derretir no pudo la cadena
que eslabona la tierra con el cielo.

Sin rendirse murió, legando su obra
de horror y destrucción al que seguía
y yo el fin esperaba con zozobra
de tan cruda y sacrilega osadía.
Mas él no parecía,
que del monte durmiéndose en la falda
de floridos rosales á la sombra,
con el cuerpo oprimía muelle alfombra,
con la sien deshojaba una guirnalda.

No era el sueño de plácida inocencia,
quizás algún espectro le acosaba;
mas el terco sopor de su indolencia
del sueño á los deleites le tornaba.
Ví al Cristo que bajaba
para tocarle con su pie divino,
y él su rostro volvió por un instante;
mas luego reclinólo, que inconstante
teme encontrar y olvida su destino.

Tornó el Cristo á llamarle cariñoso:
tornó el siglo á dormir en torpe holganza:
yo temía un combate desastroso,
yo anhelaba un abrazo por alianza.
Congoja y esperanza
me agitaban al par: en este empeño
extenderse vi súbito ancha niebla,
el monte de visiones se despuebla,
y desparece el monte con mi ensueño.

TOMÁS AGUILÓ.

Bellas Artes

MÚSICA SACRA.—STABAT DE ROSSINI

(CONCLUSIÓN)

VIII

*Flammis ne urar succensus
Per te, Virgo, sim defensus
In die judicii.
Christe, cum sit hinc exire
Da per Matrem me venire
Ad palmam victoriae.*

Del juicio en aquel día
Defiéndeme, Virgen pía,
De las llamas librame.
Cristo del partir en la hora
A la palma vencedora
Por tu Madre allégame.

Sobre estas palabras ha compuesto Rossini la grande aria coreada del primer soprano, digna rival de la introducción. Los instrumentos de metal rompen el breve preludio estallando bruscamente y *fortissimo* con una misma nota: este son prolongado, con el cual alterna como desde una hondura el murmullo de la cuerda, difunde el espanto y comunica cierta congoja y terror, que suben de punto cuando aquel estrépito formidable revienta con la plenitud de su fuerza en una desgarradora y sostenida disonancia, y cae tras ésta como tras de un último esfuerzo. A esta aparente confusión sucede una calma siniestra: por un contraste súbito y enérgico el oído percibe apenas el sonido apagado y hondo de la trompa y del trombón, que dura entrecortado por los fúnebres redobles de los timbales y por los golpes unísonos, pianos, bruscos y secos de toda la cuerda; cual eco lejano y dilatadísimo del fragor primero, de cuando en cuando interrumpido por ráfagas *breves* que recuerdan está sonando aún en el espacio, ó como expresión del terror difundido sobre la faz de la tierra por el son de aquella trompeta nunciadora del Juicio. Entonces principia un acompañamiento de los violines original, siniestro y adecuado al carácter del trozo anterior: la voz entra como lanzando una exclamación en el *Flammis* por medio de una nota alta, larga y vibrante; y sin que dañe á la forma melódica la profundidad filosófica de aquel motivo, despliega éste sus frases con grandiosidad sublime, sube, baja, se redondea en amplias y vigorosas proporciones, y trae segunda vez el primer estrépito, con el cual mezcla el coro sus clamores prorrumpiendo *In die judicii*. Mas, como por entre la oscuridad de la tormenta asoma tal vez el azul del cielo, así la segunda estrofa *Christe, cum sit hinc exire* pasa al modo mayor, y al canto dulce y suplicante del soprano responde el coro *piano* por una réplica y con una armonía quieta, profunda y imponente, cual himno de temerosa esperanza dirigido al Dios de justicia que ha de juzgar en aquel día tremendo. Imponderable es el efecto de este contraste, de esta plegaria que entre tales amenazas y trastornos de la naturaleza parece una confesión de nuestra nada, y cierto no se podría alabar bastante, si no fuese tan notorio ser ésta una de las excelencias del genio universal de Rossini. Torna luego el fragor y el primer motivo y se produce el final tan breve como lleno y enérgico: aquel ascender empujándose las notas dolorosas, corresponde al temor y á la súplica antecedentes; aquel *tutti* sostenido y fuerte, sobre el cual destaca agudamente la voz del soprano, es propio de aquella *Palma vencedora* excelsa y no conquistada sino con el combate. En el conjunto de esta aria resplandece verdadera sublimidad, pues une á lo grande lo terrible, á lo entrañable el movimiento, y su majestad

admira cuanto espanta: digna expresión de la tremenda majestad que velará en aquel día la cara de la Misericordia de Cristo. Rossini puede contarla entre sus piezas más originales, más bellas, ricas y profundas: en nuestro sentir ella pasará á la posteridad como una de sus primeras concepciones, y una de las más altas del ingenio humano: con ella el gran maestro ha dado otra prueba de que su genio le hace digno cantor de las imágenes de la Biblia, émulo y heredero del genio de Miguel Angel.

IX

*Quando corpus morietur
Fac ut animæ donetur
Paradisi gloria.*

Cuando el cuerpo falleciere,
Haz que al ánima le espere
Gloria en el Empíreo.

El ánima rendida vuela al trono de su Criador en este cuarteto sin acompañamiento, cuya impresión no puede trazar la pluma sino apellidándolo himno extático, oración ardiente, exhalación de intensísimo afecto. Aquellos cismientos de voz, aquellas disonancias, aquellos movimientos encontrados y frases repetidas son otras tantas manifestaciones de ternura suavísima, de adoración humilde, de suplicantes y amorosos deseos. Las voces se elevan en las palabras *Paradisi gloria* con cierta amarga suavidad y vehemencia, que bien demuestran cuánto nuestra parte inmortal apetece su natural morada, como si los acentos volasen á perderse en aquel piélago de delicias. Próximas al remate, van repitiendo esas mismas palabras, como si no acertasen á dejar de saborear su dulzura ni á despedirse de aquel amoroso é inefable deliquio. Extinguense al fin en algunos acordes variados y *pianos*, semejantes á los suspiros del alma, que terminada su oración se hunde en el seno de la humildad y espera resignada el momento en que Dios rompa los vínculos del cuerpo. Colmo de la armonía más pura y sensible, este cuarteto está formado de frases melódicas de gran facilidad y dulzura; de modo que no sabemos cómo calificarle mejor, si llamándolo melodía armónica, ó melodiosa armonía. Razón tuvo Rossini en acordarse de la no menos bella pieza concertante con que el grande Haydn cantó esos mismos versos; y no dudamos se acordó de ella, porque si su *cuartetto* no lo atestiguara, Rossini hubiera desoído la voz de su genio. La originalidad no padece de que el genio se conforme en adoptar un carácter ya convenido y sancionado por los ejemplos más ilustres, cuando aprovechándose de éstos asoma de repente con nuevos atavíos, y se remonta por sus propias fuerzas á nueva esfera.

Y si el género religioso es el que mayormente reclama en todas las Bellas Artes cierto carácter tradicional y típico, ¿por qué Rossini no había de ceñirse á la forma armónica á cuya pureza y severidad la tradición cristiana hace muchos siglos está confiando sus aspiraciones más vehementes, sus actos más amorosos y más rendidos? Estos especiales y puros trozos armónicos son verdaderamente parte de la tradición, y como tales nuestros tiempos han de recibirlos con respeto de los pasados, y con respeto pasarlos á los venideros; no los trabajos de contrapunto, no las melodías esclavas de la moda: ¿por ventura cuando se consuma en el altar el mayor de los misterios, entonces cuando el incienso ondea como un velo flotante en torno del sacerdote, se juntaron jamás otros sones musicales á las campanadas lentes y profundas que bajan zumbando á interrumpir el silencio solemne y á estremecer los ámbitos del templo? ¡Pluguiese al cielo que el vínculo de la tradición no se hubiese quebrantado nunca! El transcurso de más de siete siglos probó en la Edad

Media que esta cadena misteriosa bastaba para enlazar épocas diversas y en todas excitar las centellas del genio, atravesando fuerte y esparciendo unidad y fuerza por la mayor barbarie y los mayores movimientos y vicisitudes de las naciones. Las obras cuya idea matriz se le debe, subsisten para atestiguar cómo sin ningún servilismo y concentrando toda su fe cristiana y sus sentimientos en ella, trabajaron los artistas en el gradual desarrollo de las formas, y adivinaron la belleza que en aquella fe y en aquella tradición residían. Rafael nunca brilló tan puro y tan poético como mientras dió la última mano al desarrollo de los tipos tradicionales; y al posponerlos á las combinaciones calculadas del efecto, si creció á los ojos de las escuelas, fué descendiendo á las del entusiasmo, ó por mejor decir, del sentimiento estético, y desembarazando el camino á los coloristas. La arquitectura dejó de ser arte monumental luego que los maestros quisieron ver en las reglas de Vitruvio la única forma verdadera; si ya no es cierto que también la ojival caminaba á su decadencia desde que permitió que durante los siglos XIV y XV sus formas esbeltísimas y de todo punto espirituales recibiesen primero mayor ornato, se alterasen poco á poco, so color de mayor novedad y riqueza, y acabasen por ser manoseadas y del todo revueltas. ¿Por qué ya al principio de la ciencia los maestros se manifestaron esquivos, si no reñidos, con el tesoro de las tradiciones musicales que el altar guardaba? Breve es esta digresión para satisfacer cumplidamente á tal pregunta: algún día, si estamos destinados á verlo, enlazaremos en esta cuestión todas las Bellas Artes, esforzándonos por probar que en ellas, como en todo lo de la tierra, es la tradición el vínculo más poderoso y más fecundo.

¿El *Stabat* de Rossini fijará alguna forma tradicional en la historia del arte? Mientras la posteridad falle, nosotros no podemos afirmar sino que de esta composición datará una nueva era, y que de ella ha de partir quien, uniendo el ingenio á la ciencia, aspire á cantar las ideas más grandes y los más elevados sentimientos. Mucho tememos, empero, que su introducción y su aria del primer soprano carezcan de rival en todo tiempo; aunque el conjunto de esta obra haya de encender más de una inspiración en los artistas futuros de juicio recto y de corazón grande y apasionado, que deseen con fe viva y largo estudio hermanar la pureza y la sencillez del pensamiento con la espontaneidad de los mayores recursos científicos. En este particular la maestría de Rossini, lejos de arredar, traerá vida á los espíritus en que arde purificada de todo resabio de escuela la llama del Arte. La energía, la grandeza y la suavidad de los profundos motivos del *Stabat* serán muestras duraderas de su ingenio: la combinación de los efectos, la variedad del conjunto, los contrastes tan diestramente alternados de las piezas entre sí, y el manejo espontáneo, vigoroso y sobrio de las masas, dirán á las edades futuras su sabiduría, esa ciencia tan fácil con que en la paleta de su cerebro, reparte los colores, los toma y los distribuye sin ostentación y con naturalidad la más armónica. De este modo ha conciliado las dos escuelas antigua y moderna; pues si despliega á su antojo y con diestra mano todos los recursos de la instrumentación, también la pureza de los motivos destinados á las voces hubiera sido perfectamente sentida en aquellos tiempos, en que la parte vocal no compartía con ninguna otra su predominio. ¿Quién tiene derecho á mirar con desvío el carácter más abierto, más dramático que en el corte rossiniano puede encontrarse? ¿Se ha demostrado que la frase de los maestros anteriores sea la única conforme con la belleza y con

el espíritu del género sacro? Ya que los maestros para el desarrollo de éste tomaron del profano los principales elementos, y le atribuyeron poco á poco la preponderancia en el gusto, justo es que el innovador del dramático use de los esclarecidos títulos con que poquísimos, tal vez ninguno, han contado. ¿Qué será empleándolos Rossini tan en provecho del mismo género sacro, al cual enriquece de nuevas formas, con nuevo vigor y con verdadero sentimiento? Quejémonos más bien de esos oratorios y cavatinas que suenan en nuestras misas, de esos aires de danza que llenan los rosarios y los gozos, verdaderos laberintos, ovillos y letrillas de la música, tristes testimonios de como el espíritu sencillo de la fe antigua se ha ido alterando y recargando con subdivisiones y accesorios vanos, tal vez supersticiosos y sin disputa nimios.

No se extrañe la severidad de nuestro sentir; los males presentes lo motivan bastante, y cada día que pasa clava más adentro de nuestro ánimo estos principios. Esta severidad y esta convicción nos dicen que ni toda la riqueza del Arte compensará jamás el rompimiento de la tradición, esto es, que nunca suplirá por el efecto de los cánticos primitivos de la Iglesia. Primeramente esos cantares, que ninguno de la generación presente ha visto componer, que ya oímos cuando nuestros padres nos llevaron á visitar el templo del Señor, que desde entonces todos los años, todos los meses han señalado las mayores solemnidades religiosas que resonaron en la muerte de nuestros abuelos y de nuestros amigos, aquellos cantos han venido á convertirse en melodías populares y en cierto modo naturales, cuya poesía se deja gustar por todos los corazones, y las cuales hieren nuestro ánimo complejas con todos los accidentes de lugar y circunstancias, preñadas de recuerdos y sensaciones. Además, su sencillez, que descubre su remoto origen, es la principal causa de su poder y de su poesía: en ella se estrellan los esfuerzos del Arte, y en vano el genio de Haydn, Mozart y Rossini quisieran luchar con la tan entrañable del rezo de difuntos, ó con la canturia con que el devoto contempla los dolores de María.

Mas ya que el Arte se ha trazado senda distinta, ábransele de par en par las puertas del templo: despójese él de toda profanidad ante la rígida fe que las custodia; y lavándose en sus santas aguas, entre el verdadero ingenio á deponer las palmas de la ciencia y del entusiasmo al pie del único altar ante el cual deba doblar la frente y la rodilla; entre á entonar los cánticos exentos de toda pasión terrena, coloreados y vivificados de un solo afecto: —el de adoración y admiración de Dios, centro el mejor y el verdadero de todo deseo y de toda sabiduría.

PABLO PIFERRER.

NUESTROS GRABADOS

El Cenáculo en Jerusalén

Reproduce este grabado la vista exterior del edificio llamado el Cenáculo en donde Nuestro Señor Jesucristo celebró la última cena e instituyó el Sacramento de la Eucaristía. Radicales transformaciones ha sufrido el edificio en el transcurso de los siglos, mas todavía se conservan en él partes que son de la época misma del Salvador. La impresión que estos restos causan en el ánimo del peregrino cristiano no puede describirse. Todos los que han visitado la ciudad de Jerusalén, singularmente en las inmediaciones de la Semana Mayor ó Santa, describen con encendida frase el efecto que la vista de los Lugares Santos produjo en su corazón y en su inteligencia. «Vayan á la Tierra Santa, lleguen á Jerusalén, escribe el duque de Ragusa, aun abrigando una fe vacilante, todos aquellos que suspiran por emociones vigorosas y nuevas; por poco que tengan la ima-

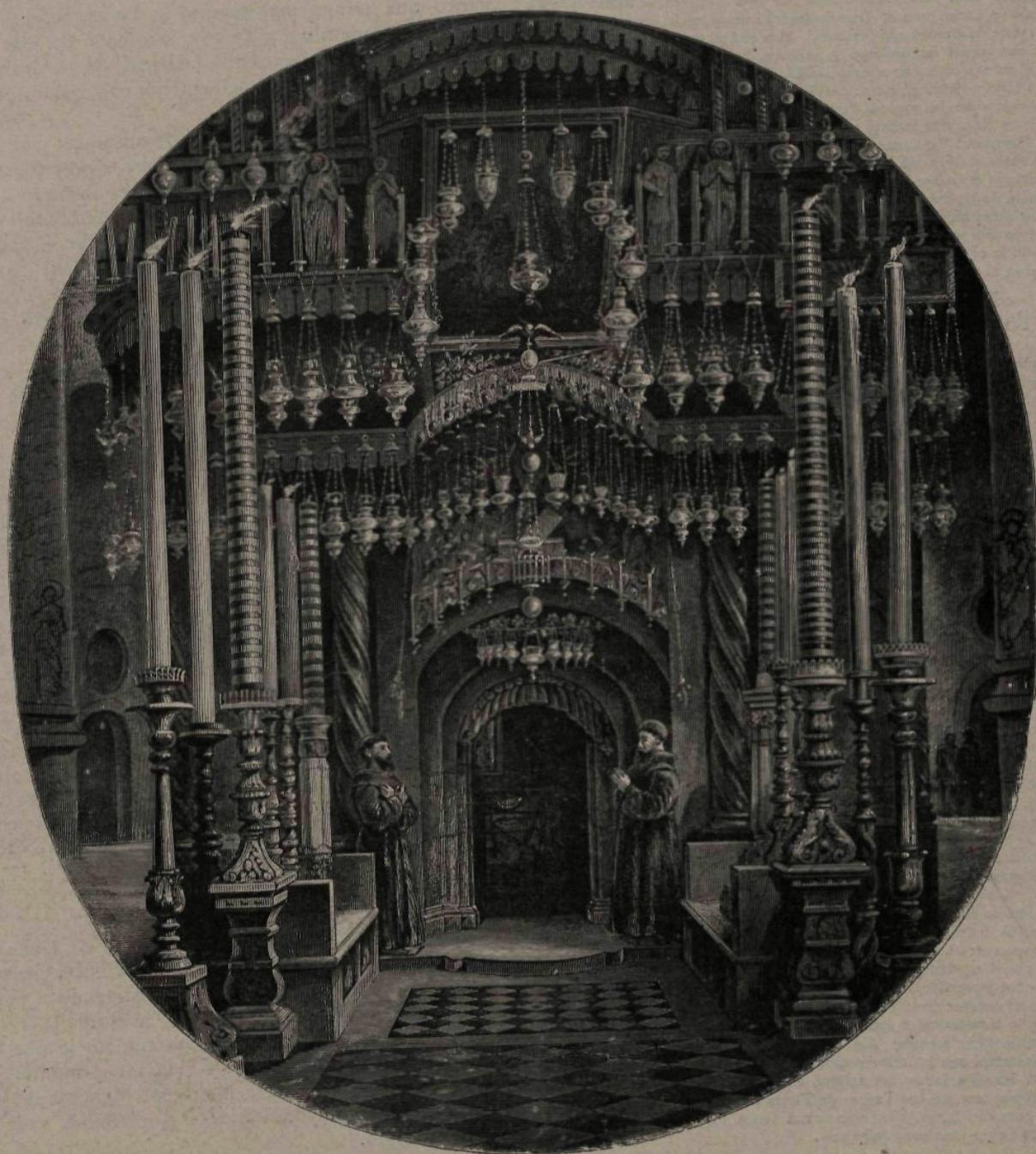
LA VELADA

ginación despierta y el corazón recto y puro, su deseo ha de quedar cumplido.»

Capilla de Santa Elena en la basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén

A poca distancia del ábside de la Basílica en donde se custodia el Sepulcro del Redentor en Jerusalén, una escalera de veintiséis peldaños con-

duce á la *Capilla subterránea de Santa Elena*, construida en el sitio en donde oraba la piadosa emperatriz mientras se procedía á buscar la cruz del Salvador. Tiene unos veinte metros de largo y trece de ancho, y está situada á cinco metros debajo del nivel del templo. La terminan dos ábsides por el lado de Oriente, y en la parte central recibe luz por una pequeña cúpula sustentada por cuatro macizas columnas con capiteles de aspecto bizantino. La bóveda es lo único que en esta capilla recuerda la época latina. Es propiedad de los abisinios y está adornada con lámparas y huevos de aveSTRUZ suspendidos de la bóveda.



PORADA DEL EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO

El descendimiento de la Cruz

CUADRO DE PABLO DELAROCHE

Pablo Delaroche es uno de los más insignes artistas de la escuela que floreció en Francia en la primera mitad de este siglo. Todas sus obras respiran grandiosidad y todas están ejecutadas con admirable corrección en el dibujo y con sentimiento apropiado á los asuntos. Sin poseer en los religiosos la delicadeza mística de los pintores italianos anteriores a Rafael, sin llegar á la exquisita idealidad del alemán Owerbeck, hay no

obstante en los cuadros de aquel género debidos al pincel de Delaroche un aroma cristiano, que constituye su mayor encanto para cuantos saben percibir esta clase de bellezas. Véase lo que ocurre con el lienzo de *El descendimiento de la Cruz*, que damos en este número. Su disposición tiene algo de las composiciones simétricas de la Edad Media: el cuerpo del Redentor, en primer término lo domina todo; el sagrado cuerpo y sobre todo la cabeza de Jesucristo, pintados con verdad, no caen en manera alguna en el realismo, antes se hallan como rodeados de una atmósfera ideal y divina; los demás personajes que asistieron al acto forman como el acompañamiento de la Virgen, la cual es sin disputa la primera figura del cuadro, después de la de su Hijo Sacratísimo. En el conjunto

resplandece la grandeza que ha de advertirse siempre en los temas sacados de la Pasión del Salvador del género humano.

«Venida la tarde de aquel dia triste y doloroso—dice el P. Pedro de Rivadeneira al describir la escena pintada por Pablo Delaroche—José de Arimatea y Nicodemus, hombres principales y discípulos del Señor, con licencia de Pilatos bajaron su cuerpo de la cruz y le entregaron á su benditísima Madre, que estaba allí como tres pasos de la misma Cruz, la cual viéndole ya difunto, con la cabeza traspasada de espinas, con los ojos sangrientos, la boca ahéleada, con el rostro escupido y lleno de cardenales, el cuerpo abierto y todo llagado, con los pies y manos horadadas de los duros clavos, y el corazón atravesado de la lanza, no se puede creer el cuchillo de dolor que traspasó su alma; que fué tan agudo y recio, que si Dios milagrosamente no le diera fuerzas, con aquella vista lastimosa allí acabara. Mas con el esfuerzo que el amor le daba y con aquel rendimiento y conformidad que tenía con la divina voluntad, se confortó y se abrazó la Madre con el cuerpo despiedzado de su único Hijo y Señor nuestro: apriétalo fuertemente contra sus pechos, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, junta su rostro con el rostro de su Hijo, tinte la cara con la sangre del Hijo y riega la del Hijo con sus lágrimas. Finalmente, porque ya venía la noche y se había de cumplir antes el oficio de la sepultura por razón de la solemnidad de Pascua, quitaron el cuerpo del Hijo de los brazos de la Madre, y con grande abundancia de lágrimas que derramaban Juan Evangelista, María Magdalena y las otras Marías y piadosas mujeres que allí estaban, con buena cantidad de una mezcla de mirra y de otras especies aromáticas le ungieron (según la costumbre que tenían los judíos de enterrar sus muertos) y envolvieron el sacratísimo cuerpo del Señor en una sábana limpia.»

Portada del edículo del Santo Sepulcro

Ocupando el centro de la rotonda de la Basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén, se halla el edículo, en donde se custodia el enterramiento de Nuestro Señor Jesucristo. En un terrible incendio ocurrido en la Basílica la noche del 12 al 13 de Octubre de 1808, sufrió grave daño el edículo del Santo Sepulcro, que reconstruyeron después los griegos. Es de forma prolongada, cuadrada al Oriente, donde tiene la entrada, y pentagonal por la parte de Occidente. Mide 8 metros 26 centímetros de longitud por 5 metros 47 centímetros en su mayor anchura. Es todo de mármol y una gruesa cúpula de estilo greco-ruso cobija hoy la capilla del Sepulcro, habiendo reemplazado el esbelto remate del siglo XVI, que se puso cuando realizó la restauración del edículo el P. Bonifacio de Ragusa. El vestíbulo llamado *Capilla del Angel* guarda en el centro, colocado en un marco de mármol blanco, parte de la pesada losa que había cerrado la estancia sepulcral del Redentor y en la que vieron las Santas Mujeres á un ángel sentado que les anunció la Resurrección. Quince lámparas arden constantemente en la capilla, cinco de las cuales pertenecen á los latinos, otras tantas á los griegos, cuatro á los armenios y una á los coptos.

Por una estrecha puerta abierta en la roca se entra en la estancia sepulcral, que mide 2 metros y 7 centímetros por 1 metro 93 centímetros, de manera que sólo pueden permanecer en aquel Lugar Santo cuatro ó cinco personas á la vez. La claridad del día no penetra nunca en ella, iluminándola á todas horas, sin cesar, cuarenta y tres preciosas lámparas, pertenecientes en número igual á católicos, griegos y armenios y cuatro á los coptos. Revestida por completo de mármol blanco, así por dentro como por fuera, ocúltase bajo esta cubierta la pesada roca que forma la sepultura, y que, á pesar de las vicisitudes por que ha pasado la Basílica, existe todavía, según así lo acreditaron el formal testimonio del P. Bonifacio de Ragusa en 1555 y el más reciente del P. español Triforio López, que en 1808 vió el edículo despojado de su revestimiento marmóreo. Hubo de acudirse á este medio protector porque de otro modo la piedad misma de los fieles, á puro de arrancar trozos como reliquias, hubiera hecho desaparecer el sepulcro y la cueva.

En la pared septentrional de la estancia se halla el propio sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que consiste en una especie de nicho rectangular labrado en el espesor de la peña. Con el revestimiento de mármol que lo envuelve y lo transforma en una especie de altar mide 2 metros de largo por 90 centímetros de ancho. En el centro de la pared se ve un bajo relieve en mármol con la Resurrección del Salvador, que pertenece á los griegos. A los dos lados del relieve existen pinturas sobre el mismo asunto, propia una de los Padres de Tierra Santa y la otra de los armenios. Jarrones con flores, que se renuevan todos los días, esparcen por aquel Santo Lugar suavísima fragancia.



No sospechan muchas personas que no pocas de las naranjas de color sanguinolento que se venden en el mercado sean artificialmente coloradas.

M. A. M. Villón, director de la *Revue de chimie industrielle*, demuestra que no sólo se tiñen estas frutas, sino que desde mucho tiempo se da por medio del agra-jeo un color verde á las ciruelas y á las mandarinas confitadas y que hoy día se aplica esta clase de falsificación á muchas frutas. Cierta especie de piñas de América se tiñen con orchilla; los limones toman un brillante color amarillo por medio de la citronina; á las fresas de color blanco que tienen mal aspecto se las sumerge en una mezcla de rodamina y de rojo azoico y de este modo adquieren un tinte rojo muy brillante; se da también un color aterciopelado á los melocotones con rodamina, rojo azoico y citronina.

Se aplica el color por medio de un pincel y un patrón de zinc recortado. Hasta los melones se pintan exteriormente por una simple inmersión fría en un baño de rojo sólido y también se conoce el medio de darles color interiormente y un sabor agradable. Para ello se valen los falsificadores de un pequeño tubo que penetra hasta el centro de la fruta y por medio del cual se inyecta con una bomba de presión una solución de naranjado azoico, aromatizándola luego por medio de esencia de melón artificial, compuesta de aldehida, formata de ethyla, butyrate de ethyla, caterenato de ethyla, sebato de ethyla y glicerina.

En una palabra, de la misma manera que en el último invierno se han vendido claveles verdes y azules, nos venderán muy pronto, y muy caras por cierto, nuevas especies de manzanas y peras pintadas. Se pueden obtener manzanas tan rojas de la pulpa como de la piel, y también hacerles tomar un color carmesí en el interior sin que se altere el de la piel. En Francia M. Villón ha tenido la ocurrencia de crear una variedad en extremo singular: nos referimos á la pera llamada nacional. Exteriormente es de un verde dorado muy agradable, y cuando se la parte con un cuchillo se ve que una tercera parte es azul, otra tercera parte blanca y otra roja. El azul se obtiene con el azul victoria S.; el rojo con la rodamina mezclada con un poco de rojo Carnot. Se inyecta cada parte de la pera con mucho cuidado. Como se ve, por esos procedimientos se pueden preparar frutas con los colores nacionales. ¡Qué sorpresas nos reserva siempre la química!

* *

Mahoma se hacía pasar por el profeta de Dios entre los árabes y aseguraba tener el don de hacer milagros. Un día que desde una colina estaba predicando al pueblo, pasóle por la imaginación llamar á la montaña y ordenarle que fuera hacia él. La montaña no le obedeció. Entonces el profeta exclamó:—Está bien, montaña, ya que no quieres venir hacia Mahoma, Mahoma irá hacia tí.—Fuése á la montaña, siguióle el pueblo y esto pasó por un prodigo.

Sucede á veces que una persona se hace el reacio en cumplir ofrecimientos que hizo, y que quien los recibió, viendo que no se le cumplen, acude á reclamarlos: entonces se dice de él, que viendo que la montaña no iba á Mahoma, Mahoma se ha ido hacia la montaña.

* *

Por qué se dijo: *Tanto que peor*.

Hablándole á un mancebo labrador, si quería casarse con una moza del mismo pueblo, respondió que no, porque le habían dicho que era muy comedora de pan, y que no podría él mantenerla, por no tener más de lo que

ganaba cada día con sus manos. Sabido por la moza, encuentra con él en la calle, y dícele:—Sabido he, que no queréis casaros conmigo, porque dicen que soy gran comedora de pan; ¿sabéis cuánto lo soy, que me obligo con este solo mendruguillo de pan, que traigo en el remango de la saya, beber un cántaro de vino?—Respondió el mancebo:—Tanto que peor.

* * *

Los jornaleros de un pueblo de Aragón, pidieron en 1868 trabajo y libertad. El alcalde, sabio de aldea con ribetes de filósofo, aplacó el alboroto diciéndoles:

—Libertad no puedo daros, porque no sé lo que es; pero trabajos no os faltarán.

* * *

—¿Has visto á mi chico? preguntó un baturro á un soldado licenciado.

—Sí, señor: es gastador.

—¡Toma! Ya lo era mucho antes de caer quinto, replicó el padre.

* * *

Para limpiar los guantes sin necesidad de mojarlos, pónganse en una tabla bien limpia, tómese un cepillo firme y frótense con una mezcla de arcilla de quitar manchas bien seca y alumbre en polvo. Después de bien sacudidos y acepillados, para que caigan las materias, cubrense de salvado seco y albayalde, sacudiéndolos de nuevo—esto basta cuando no están sucios.—En tal caso, quítense la grasa con corteza de pan tostado y polvo de huesos quemados; frótense luego con una franela impregnada de polvo de alumbre y tierra de quitar manchas, y quedarán con esto limpios sin necesidad de lavarlos. Esta operación no los gasta ni aja en nada.

* * *

Si se quieren conservar las castañas, lo primero que debe practicarse es hacerlas hervir de quince á veinte minutos, y luego exponerlas al calor de un horno ordinario una hora después que se ha cocido el pan. Esta cocción y desecación de las castañas son muy propias para conservarlas muchísimo tiempo con tal que se tengan después en un paraje bien seco. Pueden emplearse desde luego, recalentándolas en el baño-maría ó en el vapor.

También se hacen secar al fuego las castañas en unos zarzos, y después acostumbran en Córcega á molerlas y hacer pan.

* * *

Un sabio conoce á un ignorante, porque él ha sido ignorante; pero un ignorante no puede juzgar de un sabio, porque él no lo ha sido nunca.—MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

* * *

La burla y el ridículo son, entre todas las injurias, las que menos se perdonan.—PLATÓN.

* * *

Una injusticia hecha al individuo, es una amenaza hecha á toda la sociedad.—MONTESQUIEU.

* * *

Burlarse de la filosofía, es en realidad filosofar.—PASCAL.



Solución á la charada anterior:

PE-LO

Solución al triángulo numérico:

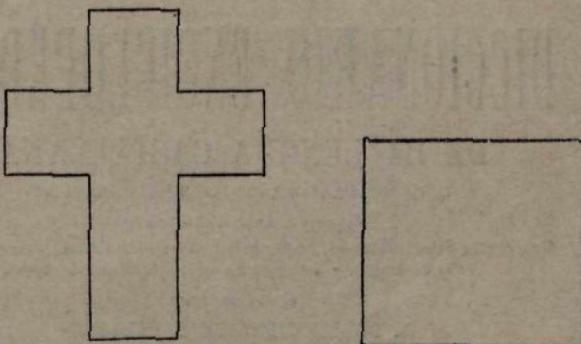
ORIENTAL

CHARADA

A una tres el todo evita
pareciendo que lo cita;
lanza dos uno valiente
por lucirse ante la gente;
pero se cuenta de alguno
que sacó más de un tres uno.

A. FERNÁNDEZ, de Córdoba.

PROBLEMAS



Dando tres tijeretazos á esta forma, dividirla en seis figuras; tres cuadriláteros y tres triángulos.

Dividir un cuadrado en seis triángulos.

F. DE P. BLANCH, de Barcelona.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7
4	7	6	2	3	1	
2	4	5	6	7		
7	1	2	3			
7	3	7				
3	7					
4						

1.^a línea, nación europea; 2.^a, animal cuadrúpedo; 3.^a, rey de España; 4.^a, nombre bíblico; 5.^a, lo tienen las aves; 6.^a, nota musical; 7.^a, consonante.

R. M., de Barcelona.

ROMBO

.	.	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

1.^a línea, vocal; 2.^a, nombre de mujer; 3.^a, pueblo; 4.^a, nombre de hombre; 5.^a, abrigo; 6.^a, nombre de hombre; 7.^a, vocal.

M. B., de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondentes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.^o

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

VOCALÍA DE ORGANIZACIÓN
POR BOURAULT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



PATENTE DE INVENCION

WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA—

NOVÍSIMO DICCCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REACTADO EN VISTA DE LOS DE

Domínguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiéndose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

LA TIERRA SANTA

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.



El aperitivo de más confianza son seguramente las PILDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave e igualmente tan eficaz. La favorita son las

Pildoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Pildora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de extremo dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tomes las Pildoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

CRISTÓBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

BENEDICTINE

De la Abadía

FÉCAMP

LICOR

EXQUISITO E INESTRIV
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS

168, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —

B A R C E L O N A

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores y industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.º, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.º — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.º — Málaga; don Luis Duarte.